

Imagen de:

Ilustraciones de Gerardo Hernández Nordelo

Ilustraciones de Gerardo Hernández Nordelo Licenciado en Relaciones Internacionales por el Instituto Superior de Relaciones Internacionales
¿Quién le pone el cascabel al látigo?...

Las reuniones después de almuerzo nunca han sido buena idea? Corrían los últimos años de la década de los 80, y los estudiantes del Isri estábamos en el teatro del Instituto, en una asamblea bastante aburrida, cuando a un par de compañeros de mi aula se nos ocurrió hacer algo para no quedarnos dormidos.

Quintín era estudiante de un año inferior, pero mayor en edad, porque había entrado a la carrera por la Facultad Obrera. Un mulato que intimidaba: unos seis pies de estatura, fornido, y como si fuera poco, con ciertas «malas pulgas». En cambio Amalio, todo «un alma de Dios», incapaz de alzar la voz, pacífico, y de poca estatura. ¡Los candidatos perfectos para «echar a fajar»!

¿Quién no ha pasado un papelito alguna vez en una reunión? En el primero, dirigido a Quintín, a nombre de Amalio, se leía: «Cuando se acabe esto tenemos que hablar, porque eso no es de hombres?».

La respuesta que escribió Quintín se caía de la mata: «¿De qué tú hablas, chico?».

Por supuesto, el papelito que llegó a Amalio, supuestamente de parte de Quintín, decía: «Cuando se acabe esto quiero verte allá afuera, porque eso no es de hombres».

Para disfrute de los conspiradores, pronto comenzaron las miradas punzantes entre ambos por entre las varias filas de asientos que los separaban.

Cada cual veía al otro escribiendo, de modo que no tenían dudas. Desconocían que manos intermedias cambiaban los papelitos en una dirección y en otra.

Los verdaderos mensajes, interceptados, pedían explicaciones. Los falsos, siempre recibidos, subían el tono: «¿¡Con esa cara de loca que tú tienes me vas a echar guapería a mí!?». ¿Cara de loca? ¡Decirle cara de loca a Quintín!? Solo Amalio podía atreverse a algo así.

Image not found

Ilustración de Gerardo Hernández Nordelo Licenciado en Relaciones Internacionales por el Instituto Superior de Relaciones Internacionales

Claro, que él no lo sabía. En un momento determinado tuvimos que parar, porque Quintín parecía querer saltar por sobre las hileras de asientos para agarrar a Amalio por el cuello, y si la asamblea terminaba así, saldríamos todos los conspiradores por el techo.

Los minutos finales fueron muy tensos. Ambos sudaban, se movían impacientes en sus asientos? ¡Al fin se terminó! Amalio, sentado más cerca de la puerta, salió primero, sin que su paso firme delatara el miedo que sentía.

¡Quintín no era Quintín, parecía el más malo de los Transformers! Entre cuatro lo aguantaron, dos por cada brazo, mientras yo trataba de explicarle que Amalio no tenía nada que ver con los papelitos. La cogió entonces conmigo.

Por un momento debo haber tenido más cara de pánico que el propio Amalio, pero con tantos profesores y el mismísimo Rector saliendo del teatro, no le quedó a Quintín más remedio que calmarse. Nuestra relación jamás volvió a ser la misma. Y a la luz del tiempo creo que sí, que se nos fue un poquito la mano ese día?
